

## AL MARGEN DE LOS LIBROS

No es lo mismo decir todo bien, que bien todo. La primera expresión es anfibia. Puede emplearse en un sentido filosófico y trascendental, si nos referimos a ese bien que es objeto de la voluntad, o para denotar que todo está bien, pero en este caso convendrá hacer una pequeña pausa entre ambas palabras. La segunda, «bien todo» vale por «todo está bien». De aquí que al enfrentarnos con la novela que recientemente ha publicado D. Andrés Calderón Rodríguez, *Todo bien* (1) pensáramos en el alcance moral, trascendente, que puede atribuírsele a tal título, y nos prometiéramos unas horas de honda y atractiva lectura. Mas pronto topamos con la significación dada a la denominación del libro. Se trataba del bordoncillo o muletilla empleados por el protagonista, D. Pablo Romerales, para denotar que todo estaba o iba bien, es decir, que todos los asuntos que le habían sido encomendados o que por propia decisión tenía a su cargo, se encontraban, como suele decirse, al día y sin novedad.

No se deduzca de todo esto que al ser defraudados por lo que se refiere a nuestra primer creencia, lo fuéramos también respecto de la lectura. El autor de *Cual varillas de abanico* nos ha deparado unas horas de agradable y amena distracción, si bien por aquel parecer, ya traído a estas páginas, de un severo legislador literario, de que se saca más provecho de la censura que del elogio, haremos algunas observaciones a nuestro dilecto colaborador.

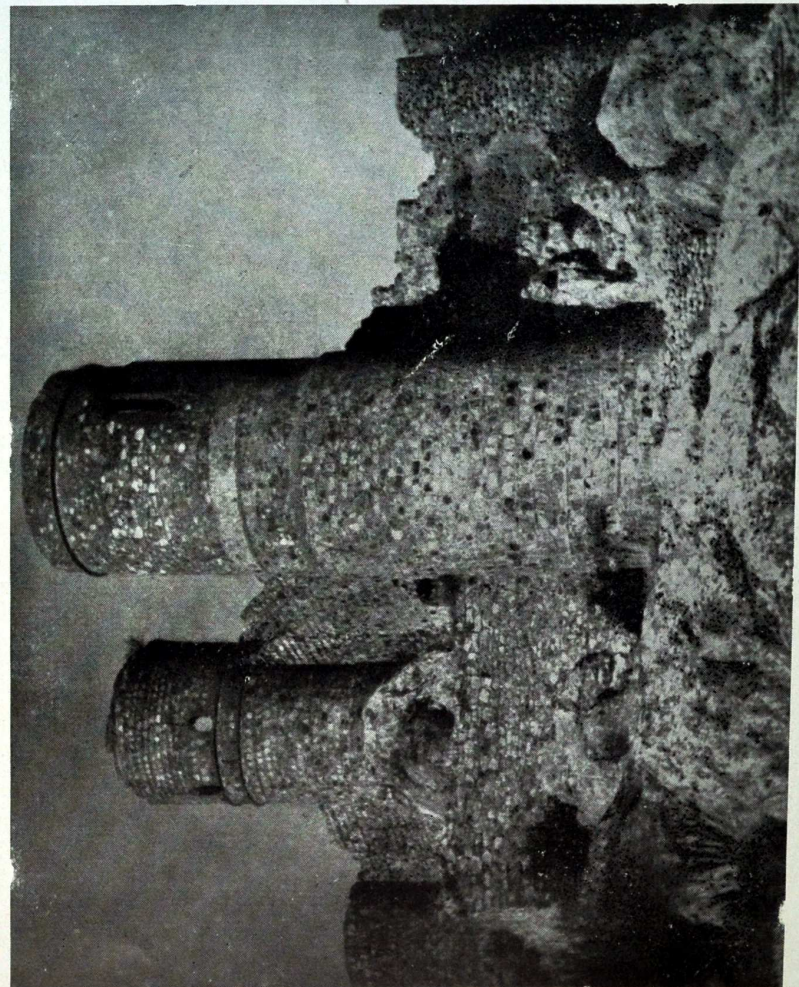
D. Pablo es un hombre de negocios. Pero antes había sido, naturalmente, un muchacho que había sentido las pasiones que de ordinario suelen tener todos los jóvenes: se había enamorado de Alicia. Un hermano de Pablo, Felipe, mocito jaranero y disoluto, antitesis en todo del héroe de la fábula, adelantándose a las pretensiones de Pablo, entra en relaciones amorosas con Alicia. D.<sup>a</sup> Elvira, madre de Pablo y Felipe, enfadadísima señora que con sus reales y supuestas afecciones hace insufrible la vida a cuantos la rodean, ve con grande simpatía la elección de esposa que ha hecho su hijo Felipe.

Celébrase el enlace; mas una traidora enfermedad se lleva al otro mundo a Felipe, y no tarda mucho en seguirle, a consecuencia de un parto difícil, su infortunada mujer. Pablo, que había asistido a la fatal dolencia de su hermano con más indiferencia que sentimiento y que ve frustrada su esperanza de reemplazarle algún día en el corazón de Alicia, ha de contentarse con recibir como sagrado depósito a una niña—hija de ambos difuntos esposos—llamada también Alicia como la madre, y con tomar a su cuidado cuanto con ella se relacione.

Pudiera creerse que Pablo, convertido ya por los años y por la responsabilidad de los negocios, en D. Pablo, miraría desinteresada e idealmente a su sobrina, cubriéndole de flores el camino de su existencia. Pero no es así, porque tan pronto surge el primer noviazgo—quizá con una excesiva puerilidad novelística traído al ámbito de la narración—se disgusta y sobresalta. No estamos, pues, ante un limpio y puro proceso afectivo, en que ambos personajes se sacrificaran sus propios destinos, y todo se desenvuelve dentro de los castos límites de una convivencia henchida del más bello y noble idealismo. La sobrina que no se casa por no abandonar al tío solterón, y el tío solterón que se da por muy satisfecho con el cariño y los cuidados, que de él se derivan, de la sobrina. D. Pablo procura por todos los medios desterrar del corazón de Alicia al joven Carlos Valdés, y cuando cierto e inesperado suceso le libra de ofrecerse como marido ya que no pudo casarse con su madre. Pero deshecho el equívoco de Carlos y la supuesta novia, con la presencia del primero en Urbina, localidad en que la acción se desenvuelve, los jóvenes se reconcilian y D. Pablo ve totalmente fracasadas sus intenciones.

Adviértase cómo la novela ofrece en su desarrollo un variado acontecer: circunstancias que la hace entretenida y amena. Pero todas estas cosas que ocurren, si son sometidas a escrupuloso análisis, acaso no nos den siempre la impresión de unos acontecimientos naturales y espontáneamente originados. ¿No provendrán más bien de un preconcebido propósito por parte del novelista, de mantener a toda costa la atención y el interés de la lectura?

(1) Madrid, 1949.



ALBUM EXTREMEÑO: Castillo de Zarza Capilla

Para plantear la cuestión capital del libro, el autor no titubea un momento en arrancar la vida a dos jóvenes: Alicia y Felipe. (De la muerte de Felipe nos enteramos por una sobria referencia de la página 64). Antes, y para que Pablo asumiera toda la responsabilidad de quien ha de sustituir, por ser el más indicado, habida cuenta de su preparación y condiciones, al jefe de la casa, quita la vida a éste. El decidirse Alicia por Felipe, cuando ya Pablo le había dado a entender cuáles eran sus propósitos, amén de la preferencia que sentía por él, según se observa a raíz casi de su enlace con Felipe, no es cosa que tenga plena justificación. El encuentro fortuito de Alicia y Carlos, tan pronto se apeó aquella del tren que la dejó a las puertas de Madrid, y las consecuencias que tuvo más adelante, tampoco puede ofrecerse como recurso lícito e irreprochable. El equívoco de la carta—habría bastado leerla de nuevo para caer en la cuenta de que ese «muchos besos y abrazos para todos» no podía haberse escrito más que en una carta familiar—con el paréntesis que abre en las relaciones amorosas de los dos jóvenes, adolece de igual inconsistencia, y aunque no repugne, ni mucho menos, a la verosimilitud, trasciende a juego pueril, a quebradizo recurso o habilidad que más rebaja que eleva el nivel estético de la obra. Loli, Sisi y Mari; ese «¡Qué ganso eres, hijito!», que Alicia dice a Pablo; ese «Encantado», de D. Pablo al estrechar la mano de Carlos y ese «¡Horrores, chica!», de la página 200 trasciende también a una literatura que nosotros hemos dado en llamar «pueya» (1). Ninguno de estos usos y prácticas de nuestros días, que tienen por marco una desgalichada clase social, merecen ser llevados a la esfera del arte.

Se nos dirá: «Es usted un crítico gruñón y cascarrabias. Nada le complace. No ve usted más que defectos en los libros de los demás. ¿Cuándo se lanza usted a publicar un librito de versos o una novela, para que podamos hacer con uno y otra lo mismo que viene usted haciendo con las obras ajenas? ¡Pues no es de suponer que lo haga usted tan bien que sea invulnerable a toda crítica literaria!».

Naturalmente que no. Tendremos no uno ni dos, sino muchos defectos. Pero si se nos señalan con la misma corrección con que nosotros lo hacemos a los demás, no solo no nos consideraremos heridos, sino que agradeceremos de todo corazón cualquier palmetazo que se nos dé.

Reiteradamente, hasta la saciedad, hemos dicho cual es el propósito que nos guía al comportarnos así. Queremos ver limpias de máculas e imperfecciones las letras extremeñas. Que los muchachos jóvenes que tienen arrestos de sobra para encaramarse, más tarde o más temprano, en el pináculo de la consagración literaria, no pierdan el tiempo en ensayos y tanteos desprovistos no solo de originalidad, pues esos *ismos* en que militan, son ya muy viejos dentro del arte, sino de vigor, de empaque, de bizarría. Que este evidentiísimo florecimiento literario a que asistimos, ni se malogre, ni se desvirtúe en su potencialidad creadora, por ir tras unas carrozas que van ya camino de la cochera o poco menos.

Mas volvamos al Sr. Calderón Rodríguez.

Frente a los defectos, que acabamos de hacer notar, existen indiscutibles méritos. Por eso esta crítica, un poco dura a fuer de honrada, no debe desanimar en lo más mínimo al autor de *Todo bien*. Quien posee imaginación para concebir la fábula; mucha habilidad para mover los personajes; fuerza pictórica en la pluma para dibujarlos y describir sus acciones; quien sabe hacerlos dialogar, con soltura y gracejo, bien puede aspirar a construir nuevas obras, en las que se haya dado de lado a todo ese arsenal de recursos novelísticos que nunca hallará el Sr. Calderón Rodríguez en los buenos escritores. Todo consiste en elegir con acierto los materiales; en depurar, cuanto sea posible, los elementos de que se sirva; en no sacrificar al arte verdadero, en obsequio de una amenidad e interés de baja condición; en madurar bien en la cabeza los rasgos fundamentales de los héroes del libro. La jerarquía del arte, ha observado Taine con estas o parecidas palabras, procede de la jerarquía de los caracteres. Donde no se levanta un carácter verdadero, cuanto más gigante mejor, no hay arte o si le hay es encanijadillo y trashijado. Los personajes que han resistido los embates de todos los tiempos, son los que tienen, si se nos permite hablar así, más músculos en su conciencia.

Anotemos por último, como de pasada y refilón, algunas voces empleadas por el autor de *Todo bien* y de cuyo uso ningún beneficio se deriva para nuestro idioma. *Esenciaba*: no es correcta, y el *esenciarse*, antiguamente admitido con una significa-

(1) Novelas editadas por Pueyo y debidas a una serie de escritoras que correrán la misma suerte que las Grassi, Lozano, Sáez de Melgar, Macpherson, Biedma, Asensi, Cherner, Arróniz, etc., del pasado siglo.

ción filosófica, ha caído en desuso. *Alusión*: no se puede aludir a una cosa que se nombra. *Insospechadas, enranciado, crucial, conmocionarse, aparatosidad*: son a todas luces espurias. En vez de escribirse *se desplazó*, deberá decirse se trasladó, e inadvertido será siempre más correcto que *desapercibido*. ¡Cómo pierde el tiempo *Un aprendiz de hablista! Edulcorado*, en labios de un boticario estaría bien; un escritor debe decir dulcificado, endulzado, endulzorado, o incluso endulcecido, endulcido y dulzorado, todo menos echar mano de una palabra que expresa la acción de un farmacéutico al endulzar con azúcar, miel o jarabe una substancia que sabe mal o que no sabe a nada. ¿Para qué tirar de una voz que tiene un uso más científico que literario y que no está avalada por los buenos escritores, ni por el pueblo, habiendo otras muchas, como acabamos de ver, de cuyo empleo hay numerosos testimonios en nuestras letras?

\* \* \*

D. Domingo Sánchez Loro es un ameno narrador de nuestra historia. Por mis manos han pasado ya varias Hojas o Suplementos de divulgación de lugares de Extremadura: *El Puente de Alcántara, Alconéjar, Viriato, Doña María la Brava, Santa Eulalia de Mérida*. Ha emprendido también la tarea de componer unos *Apuntes de bibliografía extremeña* y no hace muchos meses que dió a las prensas **La celda de Carlos V** (1). Labor tan interesante y meritoria como ésta tiene que ser bien acogida por cuantos sientan amor hacia Extremadura. Porque todo lo que sea hacer revivir, encender de nuevo en los habitantes de la región o en los que fuera de ella nos miran con creciente curiosidad, el glorioso pasado, ya como aportación nativa al acontecer español, ora como escenario de algunos de sus hechos más notables, es empeño nobilísimo que venimos obligados a poner de resalto.

Aunque el título de este volumen se circunscribe a un breve período histórico del Monasterio de Yuste, la verdad es que se trata de una sucinta historia del Monasterio. Ningún importante acontecimiento se omite por el Sr. Sánchez Loro, desde que los ermitaños de San Cristóbal, Pedro Brañes y Domingo Castellanos, tras la generosa donación por el vecino y propietario de Cuacos, Sancho Martín, del barranco en que había de erigirse más tarde el Monasterio, instálense en lugar tan abrupto y delicado, hasta que voraces llamas destruyen casi totalmente aquella austera construcción, a la que se acogiese el más poderoso monarca, para terminar allí sus días.

Léase el librito no solo sin fatiga, sino con gusto. Consta de ocho capítulos y un epílogo, que contiene el «galano y profundo» escrito —así lo califica el Sr. Sánchez Loro— dirigido a los Poderes públicos por el Sr. Rueda y Sánchez-Malo, nuestro Gobernador civil, atinente a la reconstrucción del Monasterio. Los «hermanos de la pobre vida», los monjes jerónimos, el camino de Yuste, la celda de Carlos V, la tumba del César, la nostalgia que inspira el Monasterio tras la muerte del Emperador; el patético traslado de los restos mortales de éste; las ruinas de Yuste y un *Flos Sanctorum*, con las figuras religiosas más ilustres por la virtud o el saber, que pasaron por el Monasterio, tienen en la docta pluma del Sr. Sánchez Loro la referencia o la glosa adecuada.

La descripción que el autor nos hace de la momia del Emperador, intacta, a pesar del tiempo transcurrido—pues raras veces la acción de tan poderoso enemigo respeta los elementos que halla al paso—, es una de las páginas más felices e inspiradas del trabajo que venimos comentando.

Algunas anécdotas y sucesos curiosos intercalados en la lectura, contribuyen a hacerla más atrayente.

Tras la bibliografía, abundante en títulos atañedores a Yuste o al Emperador, reproducense fotográficamente la vista general del Monasterio, el claustro viejo o Noviciado, un detalle del claustro plateresco, la casa de Carlos V y el castillo de Jaramilla, donde el César se hospedó, camino de Yuste; fotograbado ya aparecido en nuestro *Album extremeño*.

Hemos de notar, a fuer de concienzudos lectores, que de haberse prestado una mayor atención a las pruebas del libro (2) se habrían evitado o disminuído al menos, las múltiples erratas que aparecen en sus páginas. Muchas de ellas tan garrafales, que afean, sin duda alguna, esta grata e instructiva lectura.

PEDRO ROMERO MENDOZA

(1) Cáceres, 1949.  
(2) En la página 87 se dice: «que desde Granada traían los cuerpos de ... la Princesa Doña Juana, que fué mujer de Felipe II». ¿Qué mujer de Felipe II fué ésta, si no tuvo más que cuatro y se llamaron María de Portugal, María Tudor, Isabel de Valois y Ana de Austria?

D. Antonio C. Floriano: **Diplomática Española del período Astur.** (718-910). Oviedo, 1949. Tomo I. 639 páginas.

Editado con la más escrupulosa pulcritud tipográfica, nos llega el primer tomo de esta monumental obra de Antonio Floriano, en cuyo texto se enlazan maravillosamente el rigor científico, la erudición vastísima, la agudeza crítica y la diafanidad literaria.

La obra, lógicamente, se destina a un público especialista, sin que ello quiera decir que sea asequible tan solo al círculo limitadísimo de los eruditos, pues las armónicas cualidades que enunciamos, la ponen gratamente al alcance de todo el que sienta afición o inquietud por las viejas cosas históricas.

Iniácese el libro con un discurso preliminar, en el que se analiza el estado de los estudios diplomáticos en España, la diplomática Astur, el período que esta denominación comprende, las modalidades geográficas, la tradición del documento y la notación crítica.

Sigue a este magnífico estudio preliminar el cartulario, con ochenta y cuatro documentos, fechados entre los años 718 y 853, a continuación de cada uno de los cuales va una eruditísima crítica, en la que se discrimina su autenticidad y se valora su interés.

Finalmente, lleva la obra ficheros diplomático, antroponímico, toponímico y de materias, dividido este último en siete secciones: Religión y culto, el Estado, la familia y la casa, clases sociales, la riqueza, instituciones jurídicas, filosofía y fisiografía. Ilustran el texto reproducciones fotográficas de documentos.

Este libro, que hoy se suma a la larga lista de los publicados por Floriano, es una de las muchas muestras de la gran tarea realizada como Director del Seminario de Investigación Diplomática, perteneciente al Instituto de Estudios Asturianos, creado por la Diputación Provincial de Oviedo. En las páginas del tomo primero de «Diplomática Española del período Astur», van recogidos y analizados los más viejos documentos de los primeros instantes de la reconquista española, nacida al amparo de las montañas de Asturias, documentos que se transcriben con el máximo rigor científico y con la más escrupulosa técnica paleográfica. Las fuentes históricas del período Astur tendrán en esta obra su más importante y completo repertorio documental, útil al diplomata, al paleógrafo, al historiador y al filólogo.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

\* \* \*

**Cual varillas de abanico.** A. Calderón Rodríguez (Madrid, 1948).

La prosa es clara, limpia. Los vocablos justos. Están engarzados con precisión. El ambiente muy difuminado porque la acción, muy vaga, no precisa que se concrete más en líneas bien definidas. Los personajes: José Antonio, borroso, como conviene a un ser abúlico, que en un arranque, muy propio de apático, sabe bien determinarse cuando al final ha de elegir entre Irene y María del Pilar; Irene, una ambiciosa—tipo que suele darse a menudo en los pueblos sin vida social que manchan el mapa agrícola de España—, una ambiciosa con suerte que toma entre el amor y el dinero lo que suponen todos mis lectores, porque hoy sería inverosímil pintar una mujer que eligiese entre espíritu y materia lo primero: siempre la mitad menos metafísica del género de los hombres ha sido la mujer. Calderón Rodríguez tiene madera de novelista.

Ha elegido el estilo narrativo y sería curioso verle desenvolverse entre las curvas bruscas y los ángulos violentos de un diálogo vivo. De todas formas aplaudid, extremeños, la aparición de un nuevo novelista, mientras nos contestamos a estas interrogaciones: ¿Por qué no acometen nuestras plumas empresas más altas? ¿No han de saber otra cosa que dibujar miniaturas dieciochescas? Si nos fuese admitida la sujeción les diríamos: —Tomad a Extremadura *sub specie aeternitatis*; haced abstracción de ella.

Sólo cuando el artista estiliza, resume la Naturaleza en pocas líneas, es cuando realiza arte...

¡Y tomad otros temas!

F. PITARQUE